

compañía de los Christianos tomasse mayor brio para menospreciar la vida, y todo el pueblo circunstante quedasse espantado, sonó un grande alarido: Mueran los infieles, busquese Policarpo. Por la qual grita succedió gran alboroto en el pueblo. Oyendo pues Policarpo que todo el pueblo se avia levantado contra él, poco ni mucho se alteró, ni mudó la serenidad de su rostro, segun era mesurado en su semblante, y sossegado en sus obras, y de su voluntad esperára dentro en la ciudad como cavallero esforzado. Mas condescendiendo à los ruegos de sus amigos, apartóse à una casería cercana, donde de día y de noche con algunos pocos de sus familiares perseveraba, no en otro exercicio, sino en oraciones, suplicando à Dios por la paz de las Iglesias, do quiera que estuviessen, segun que por toda su vida acostumbraba hazer. Y estando en oracion tres dias antes que fuesse preso, vió de noche durmiendo, que la almohada de su cabecera se consumía con llamas de fuego. Y despertando, declaró á los presentes su sueño, diciendo, que sin duda saldría desta vida por tormento de fuego, por la confession de la fé. Sabiendo pues que andaban pesquizando por él, compelido por ruegos de sus hermanos se passó à otro lugar, donde no mucho despues entraron los alguaciles. Los quales hallaron luego dos muchachos, y al uno azotaron hasta que les descubrió do estaba Policarpo, y assi entraron cerca de la noche en la casa do estaba en lo alto della descansando. Y pudiera facilmente passarse á otra casa, pero no quiso, diciendo: Cumplase la voluntad de Dios. Y salió à recibir à los que le venian à prender, y con alegre rostro y graciosas palabras los llamó, tanto que ellos se maravillaron. Pero mucho mas se espantaron pensando qué causa podia aver porque un hombre de tanta autoridad y honestidad, tan anciano y venerable, se mandaba prender. El sancto viejo hizo prestamente poner la mesa para los enemigos,

como para amigos huéspedes, y mandó darles cumplidamente de comer, pidiendoles que entre tanto le diessen una hora de espacio para hazer oracion. La qual hizo lleno de tanto resplandor de la gracia de Dios, que todos los presentes estaban admirados, y los mismos que le prendian se dolian; porque era mandado llevar à la muerte hombre de tanta virtud y dignidad. Encomendaba à Dios en su oracion, como quien ofrece el sacrificio del Señor, todos aquellos de quien al presente se pudo acordar grandes y pequeños; y à toda la Iglesia Catholica derramada por todo el mundo. Y acercandose yá el fin del plazo concedido, salió sentado en un asno, y assi fue hasta la ciudad en un dia de fiesta. Donde llegando le salió à recibir el prefecto de la paz, llamado Herodes, y su padre Nicestas: los quales le baxaron del asno, y le pusieron en su carro, y con blandas palabras le alhagaban, diciendo: Qué mal ay en decir que Cesar es Dios, y ofrecerle sacrificios, y de adelante vivir seguramente? Lo qual él oyó primero callando; pero viendo que porfiaban, dixoles: Por qué perdemos tiempo? No tengo de hazer lo que decís. Ellos visto que ninguna cosa aprovechaban por aquella via, encendidos con saña, injuriosamente le derribaron del carro, y cayendo se hirió en el pie. Mas como si ninguna injuria uviera recibido, con toda serenidad caminaba al tablado, adonde le mandaron que fuesse. Donde en llegando se hizo grande estruendo de gente que allí concurría, y luego sonó una voz del cielo que dixo: Esfuerzate Policarpo, y haz varonilmente. Muchos oyeron la voz, aunque ninguno vió quien la pronunciaba. Pero esto no obstante, todo el pueblo se regocijaba, viendo que à Policarpo querian castigar. Y como el presidente le preguntasse si era Policarpo, respondió que sí. Dixo el presidente: Pues ten respecto à tu edad, y compassion de tus canas, muda la sentencia, y consiente en la divinidad del Cesar, y injuria, y blas-

phema à Christo. Policarpo entonces dixo al presidente: Ochenta y seis años ha que sirvo à Christo, y nunca mal me hizo: pues cómo podré yo maldecir y blasphemar à mi rey y señor que me crió y me conserva hasta agora la vida? Y como le porfiasse instantissimamente que jurasse la divinidad del Cesar, dixo: Por ventura quieres ganar honra conmigo en tenerme à tu voluntad, y dissimulas que no me conoces? Pues yo te diré con toda libertad quien soy. Christiano soy. Y si quieres que te declare las condiciones del Christiano, determina tiempo en que me oyas. El presidente dixo: Acabalo con el pueblo. Policarpo respondió: Básteme advertelo dicho: porque somos enseñados à tener acatamiento à los principes y juezes que por Dios mandan en aquellas cosas que no fueren contrarias à virtud: al pueblo desvariado no tengo para que satisfacer. El presidente dixo: Aparejadas tengo las fieras para echarte à ellas, si prestamente no te arrepientes, y mudas el proposito. El respondió: Yá pueden venir, que yo no mudaré sentencia. Ni es bueno arrepentimiento de quien dexa el bien comenzado: mas verdadera y provechosa penitencia sería la vuestra, si de los males en que perseverais os convirtiesedes à la verdadera justicia. El presidente dixo: Si tienes en poco las bestias fieras, y no te quieres mudar, haré que seas consumido en el fuego. Policarpo respondió: Amenazame con este fuego que en una hora se enciende, y en otra se apaga, porque no sabes qué fuego es el venidero, à cuyas llamas eternas sercis los malos condenados. Mas por qué te detienes en deliberar? Trae ya lo uno ò lo otro, qual tu quisieres. Hablando tan fuertes y prudentes razones Policarpo, se bañaba de consolacion con la confianza que en Dios tenia: tanto que el presidente se espantaba de la alegría de su rostro, y constancia de sus respuestas. Y luego mandó que un pregonero à grandes voces dixesse, como Policarpo avia confessado tres vezes que

era Christiano. Lo qual oyendo toda la muchedumbre del pueblo, con grande indignacion dieron voces, diciendo: Este es el doctor, y padre de los Christianos de toda Asia, y destruidor de nuestros dioses. Este es el que enseña à muchos que no sacrificen ni adoren à los dioses. Y dicho esto, mandaron à Philippo leonero que echase un leon à Policarpo. El qual respondió, que ya no tenía à quel cargo. Entonces mudaron proposito, y todos à una voz dixerón, que fuesse vivo quemado; para que se cumpliesse la vision que avia visto de la almohada de su cabecera que se quemaba. Lo qual fue prestamente cumplido, trayendo todo el pueblo la leña y sarmientos de los baños, ò de qualesquier otros lugares comunes, y con gran ligereza encendieron una gran hoguera. Entonces el viejo quitóse la cinta, y soltó los vestidos, y probó à descalzarse los zapatos, que nunca dias avia se avia descalizado: porque era costumbre de los fieles y religiosos varones à porfia unos descalar à otros, y Policarpo en esto y en todo lo demas fue siempre reverenciado y acatado de todos, y queriendo los porteros affixarle con clavos à un madero, dixo Policarpo: Dexadme, que quien me ha dado esfuerzo para ofrecerme à ser quemado, me dará firmeza en las llamas sin que me mueva. Y assi dexados los clavos, solamente le ataron las manos por detrás. Desta manera como carnero escogido de todo el rebaño, se ofreció à Dios sacrificio agradable, haziendo oracion en medio de las llamas con estas palabras: Dios padre del amado y bendito hijo tuyo Jesu-Christo nuestro Señor, por quien recibimos el conocimiento de tu magestad: Dios de los Angeles, y de las virtudes celestiales, y de toda criatura, especial señor de todos los justos de qualquier linage que descendan, los quales todos viven delante de tí, yo te bendigo, porque me has traído à esta hora, en que sea partícipero de las penas de los martyres, y de la passion de tu hijo, pa-

ra gozar con él y con ellos en la resurrección y possession de la vida eterna, por la gracia de tu Spiritu Sancto, con los quales me recibe oy por sacrificio acceptable, pues has cumplido en mí tu voluntad, segun antes tenias ordenado, y me la denunciaste. Cá tu eres verdadero Dios en quien no ay falsedad ni mentira. Por tanto yo te alabo, y bendigo, y glorifico, con el eterno pontifice Jesu Christo tu agradable hijo: por quien y con quien tienes gloria con el Spiritu Sancto en los siglos infinitos de los siglos. Amen. Acabadas estas palabras, y atizando el fuego los hombres condenados al fuego eterno, vimos maravillas todos aquellos à quien Dios tuvo por bien mostrarlas: de los quales ay muchos vivos, guardados por el señor para que den dello testimonio à los que no las vieron. Estuvo la llama sobre el cuerpo del martyr levantada, y ondeando à manera de las velas sobre la nao, quando con el viento se hinchaban: y dentro de su seno parecia el cuerpo del sancto martyr Policarpo, no como carne quemada, mas como oro resplandeciente dentro del crisol. Allende desto, sentimos olor maravilloso, como de incienso sobre brasas, ò de otra plasta olorosa. Por lo qual viendo los ministros de la maldad que sus carnes no se consumian, mandaron al verdugo que acercándose traspasasse su cuerpo con la espada, contra quien el fuego avia perdido sus fuerzas. Y assi fue hecho, y tanta sangre corrió, que apagó la hoguera. Y el pueblo se fue attonito y corrido de vér tan grandes maravillas, y tan favorables à los nuestros. Tal fue y de tal manera acabó el admirable y escogido en nuestros tiempos, maestro apostolico, propheta, y sacerdote de la Iglesia de Smirna. De cuyas palabras, quantas antes avia dicho, muchas se cumplieron, y otras se cumplirán en el tiempo venidero.

Afrentado el embidoso de todo bien, y adversario de los justos, despues que vió al sancto martyr coronado por la excelente gloria de su confession, y

por sus singulares virtudes, procuró à lo menos que sus reliquias no fuesen concedidas à los nuestros, que las deseaban para sepultarlas. Por esto provocó à Nicestas padre de Herodes que fuesse el juez, y le requiriesse, que en ninguna manera permitiesse, que el cuerpo sea enterrado: porque por ventura los Christianos no dexen al que fue crucificado, y adoren à Policarpo. Viendo pues el capitán Romano el corage porfiado de los infieles puso en medio el cuerpo, y hizole quemar: de donde nosotros cogimos algunos huesos, afinados en el fuego, mas valerosos que preciosissimas perlas: y segun convenia solemnemente los enterramos. Y en el lugar de su sepulchro por la merced de Dios celebramos hasta oy alegres fiestas, y copiosos ayuntamientos: mayormente el dia de su martyrio. Y lo mesmo hazemos celebrando las memorias de los otros sanctos martyres, que antes dél padescieron: para que los corazones de los descendientes se animen à remedar la virtud y fortaleza de sus mayores. Hasta aquí se escribió en la sobredicha carta el martyrio de Policarpo.

Despues hizieron relacion de los otros martyres, especialmente de doce que avian venido de Philadelphia à Smirna, y de Metrodoro sacerdote de la heresia de Marcion, y convertido à la verdadera fé: el qual fue quemado. Y entre otros se haze gran cuenta de Pionio. De quien refieren perseverante constancia à todas las preguntas del juez, y maravillosas platicas hechas al pueblo por nuestra fé: y quan sin temor se opuso siempre à los juezes, enseñando y disputando hasta el mesmo tribunal: y quanto esfuerzo puso por sus amonestaciones à los que en presencia del juez tubeaban: y como estando en la carcel animaba al martyrio à los hermanos que le visitaban: y quantos tormentos pasó en su coronacion. Cá fue hincado con clavos, y puesto sobre fuego ardiendo: donde hizo principio à la vida bienaventurada, y fin à esta miserable.

CA-

CAPITULO XXVII.

Consideracion sobre las gloriosas batallas y victorias de los sanctos martyres, que aquí se han relatado.

Agora será razon philosophar sobre estas tan gloriosas batallas que aquí vemos contado, para conoseer por ellas la verdad, y firmeza de nuestra sancta fé, y la virtud de la divina gracia, y la eficacia de la redempcion de Christo, con la qual ellos tan valerosamente pelearon y vencieron: y sacar de aquí exemplos de paciencia, y confusion de nuestros regalos, y conecer el engaño de nuestras vidas, pues no queremos comprar la gloria perdurable con la guarda de los mandamientos divinos, aviendola comprado los sanctos martyres con el despedazamiento de sus cuerpos.

Sentencia es comun de philosophos, que del maravillarse los hombres de las cosas notables que veían en las obras de naturaleza, como eran los eclipses del sol, y de la luna, y otras cosas tales, vinieron à philosophar y inquirir las causas dellas, y estas halladas, hizieron sciencia. Porque sciencia es conocer los efectos por sus causas.

Pues en estos martyrios que aquí vemos relatado, ay tan grande materia de admiracion, que ningun hombre avrá tan insensible, que no quede attonito viendo esta manera de padecer. Porque quando jamás, dende el principio del mundo, se vieron personas padecer con tal fortaleza, con tal semblante, con tal alegria, con tal libertad de palabras, con que encarnizaban los juezes contra sí, y con tan gran deseo de padecer, que ellos mismos muchas vezes se ofrecian à la passion? Y si esto fuera solamente en alguna gente barbara, y bestial, que no teme la muerte, no fuera tanto: mas esta persecucion fue general en todas las naciones y ciudades del mundo, y señaladamente en las mas principales, como eran Roma, Alexan-

Tom. IV.

dria, Antiochia, Nicomedia, y otras tales. Y si en esta persecucion padescieran solos hombres robustos, no fuera tan grande la admiracion: mas aqui vemos visto padecer viejos y decrepitos, y mochachos de poca edad, y mugeres innumerables, y doncellas nobles y delicadas, y de muy tierna edad, desnudando sus carnes en presencia del mundo, que sentian mas que la muerte.

Dice Aristoteles que la postrera de las cosas terribles es la muerte: la qual naturalmente aborrecen, y huyen quantos animales Dios crió. Pero mucho mas la aborrece, y siente el hombre, por tener las carnes mas tiernas, y la imaginacion mas viva para aprehender el daño, y sentimiento del dolor, y perder con la muerte, no solo la vida, sino tambien todo quanto posee con ella. Por lo qual si un hombre está sentenciado à muerte (aunque sea una simple manera de morir, como es degollado, &c.) no ay trabajo, no ay peligro, no ay costa, no ay camino à que no se ponga, aunque sea cerrar la mar y la tierra, y desamparar casa, hacienda, muger, y hijos, por escapar della. Porque esto le enseña, y à esto le mueve la misma naturaleza. Pues aun otra cosa ay sin comparacion mas terrible que la muerte: que son las invenciones de tormentos que los tyrannos inventaban para vencer la constancia de los sanctos martyres: porque no pretendian matar, sino atormentar: no dar una muerte, sino muchas: no atormentar una sola parte del cuerpo, sino todos los miembros dél. Y con ser el cuerpo humano tan sensible, que es menester poco artificio para darle causas de dolor, ellos atizados por una parte por el demonio, que moraba en sus pechos, y por otra corridos y avergonzados de verse vencidos de mugeres flacas, y embravescidos por esto, empleaban todos sus ingenios en descubrir mil invenciones y generos de tormentos para un solo cuerpo.

Pues siendo esto assi, qué maravilla es esta, que las mugeres, y las tier-

Ss

nas

nas doncellas sin ser llamadas, corran à los tormentos como à las bodas, y procuren estrenar primero el cuchillo del verdugo que los otros, y que tengan competencia sobre quien padecerá primero, y que se quexe la virgen Euphemia, porque siendo ella noble de generacion, martyrizassen à otros primero que à ella? Pues qué nueva gente es esta? Dónde están aquí las leyes de naturaleza? Dónde la fuerza del amor propio? Dónde el temor natural de la muerte, que todas las criaturas temen? No eran estos cuerpos de la misma condicion que los nuestros? No eran tan sensibles como ellos? Qué veías martyr glorioso, quando entre las penas estas mas fuerte que tus penas, y encarcelado, mas libre que los que te encarcelaban, y caído, mas levantado que los que estaban en pie, y atado, mas suelto que los que te ataban, y juzgado, mas alto que los que te sentenciaban? Las heridas tenias por rosas y flores, y la sangre que de tu cuerpo corria, por purpura real, y el martyrio, por un gratisimo sacrificio que ofrecias à tu criador. Y tú Virgen delicada, quién te armó con essa tan grande fortaleza, que fueses mas fuerte que el hierro, y que despedazado el cuerpo, tu fé estuviessse entera, y consumidas las carnes, no se menoscabasse tu virtud? Pudo ser rasgado tu cuerpo, mas tu anima no pudo ser vencida. Desfalleció la substancia, mas perseveró la paciencia. Engrandecen los historiadores la fortaleza de un soldado Romano, que pudo tener el brazo sobre una hacha encendida por un breve espacio. Pues cuántos millares de hombres y mugeres les daremos en todas las edades y condiciones de gentes, los quales no un brazo, sino todo el cuerpo, despues de rasgado con garfios de hierro, fueron assados en parrillas, no por un breve espacio, sino hasta que se acabasse la vida? Pues cómo es posible que una tan grande novedad nunca vista en el mundo, no tuvies-

se alguna nueva causa de dō procediese? Cómo es possible que una cosa tan extraordinaria no tenga alguna causa extraordinaria? Cómo puede ser que cosa tan sobre toda naturaleza no tenga causa sobrenatural, pues segun doctrina de philosophos, los efectos han de tener causas proporcionadas con ellos? Pues qué cosa mas sobre todas las leyes de naturaleza, que esta voluntad y deseo tan encendido de padecer? Cómo era possible que una doncella de trece años, como fue Sancta Olalla padeciessse tantos linages de tormentos nunca vistos, y esto con tanto esfuerzo, con tanta constancia, y lo que mas es, con tanta alegría y contentamiento, si no fuera ayudada con muy especial socorro del Spiritu Sancto? Cómo era possible que una madre (qual fue Sancta Felicitas, y otra por nombre Symphorosa) viesse cada una despazar ante sus ojos siete hijos mancebos, y que las mismas madres los estuviessen esforzando, y animando al padecer, y despues ellas padeciessen, aviendo primero apascentado sus ojos en este tan estraño espectáculo? Qué fé era esta? Qué luz era esta? Dónde estaba aquí el grande amor que las madres tienen à los hijos, y mas tales, y tantos hijos? El Patriarcha Abraham estuvo aparejado para sacrificar un hijo que tenia. Y estimó Dios en tanto esta devocion y obediencia, que por ella le prometió tantos hijos como las estrellas del cielo. Pues si tan grande cosa fue ofrecer este Patriarcha un solo hijo à Dios, qué será una madre ofrecer siete hijos, y querer que fuesen despedazados ante sus ojos por amor de Dios? Si tanto fue vencer el Patriarcha un solo amor de un hijo, cuánto fue vencer siete amores de siete hijos? pues está claro que à cada hijo correspondia su propio amor en el corazon de la madre. Y si es tan celebrada la madre de los siete Machabeos, (a) que esforzaba sus hijos al martyrio, qué menos merecen estas dos madres del nuevo testamento, que hizieron lo mismo? Y

(a) 2. Mac. 7.

si está claro que no pudo aquella madre beber aquel caliz sin especial favor, y socorro de Dios, cómo podremos à estas madres negar lo mismo? Seneca tiene por averiguado, que ningun hombre puede ser de verdad virtuoso sin favor especial de Dios: *Nulla mens bona sine Deo est*, dice él. Y Tullio dice, que nunca uvo hombre señalado en proezas, que no fuesse para ello soplado, y ayudado de Dios. Pues qué virtudes, qué proezas puede aver en el mundo, que vengan à cuenta con esta tan admirable fé, y constancia, y grandeza de animo, y esto en corazones de madres, y de doncellas? Pues si (segun el testimonio de estos sabios) ni aquellas virtudes, ni aquellas grandezas de hombres señalados se podian exercitar sin particular favor, y soplo de Dios, cómo pudieran subjectos tan flacos, como los ya dichos, acabar cosas sin comparacion mayores? Porque es cierto que todas las grandezas que se escriben en las historias profanas, apenas merecen nombre de sombra, comparadas con estas. Pues qué dixeran, qué escribirían estos dos tan señalados authores, si les cayera esta materia en las manos? Con qué palabras, con qué figuras, con qué sentencias, con qué agudezas, con qué exemplos, y comparaciones amplificáran, y engrandescieran estas virtudes tan admirables? Seneca gasta muchas hojas de escriptura, enaresciendo aquella respuesta de Stilbon Philosopho, el qual despues de saqueada, y destruida su ciudad, preguntado por el capitán Demetrio, si avia perdido algo en aquel saco, respondió, que nada avia perdido; porque todos sus bienes llevaba consigo, entendiéndolo por estos bienes la philosophia, de que no podia ser despojado. Pues qué hiziera este author, si se pusiera à escribir y encarecer la constancia admirable de nuestras Virgines en medio de tantos tormentos, por no quebrantar la fé, y lealtad, que debian à su verdadero Dios y Señor?

Tom. IV.

Pues por esta causa dixe al principio, que rezelaba tratar esta materia, por vér quanto sobrepuja la alteza della à la rudeza de nuestras palabras. Porque como dice Sant Hieronymo: (a) Los flacos ingenios no son para tratar grandes materias: y quando las quieren acometer, caen à medio camino con la carga: y quanto fueren mayores las cosas que quieren engrandecer, tanto mas se ahoga él que no halla palabras con que las pueda explicar.

Y lo que es aun de mayor admiracion, y mas declara el poder de la gracia, es vér esta misma virtud y fortaleza en un linage de gente tenida por la mas desgarrada, y perdida del mundo, que son soldados, y gente de guerra. Porque sabemos, que muchos destos en diversas partes fueron martyrizados. De quarenta hezimos mencion poco ha, que fueron condenados de una nueva manera à morir de frio: pero estos fueron pocos. Otra vez fue una legion entera de soldados por mandado de Maximiano martyrizados. La qual legion contiene seis mil seiscientos y sesenta y seis soldados. Y es aqui mucho de considerar, que aquel tyranno, por no menoscabar tanto su exercito, mandó que de cada diez soldados degollassen uno para poner miedo à los otros. Y esto hizo por dos vezes. Mas los gloriosos cavaleros de Christo competian entre sí sobre quien primero recibiria la corona del martyrio. Y visto que ni con esto desistían de su firmeza, mandó que todos los que quedaban fuesen por el exercito despedazados; y assi lo fueron. Pues quién podrá aquí dexar de maravillarse, y de alabar à Dios por tal martyrio? O gloria de Christo! O gloria de la gracia de su Evangelio, que hizo de piedras hijos de Abraham, (b) y de soldados, martyres y sanctos: porque no sufrieran martyrio, si no lo fueran, y no podian dexar de amar à Dios mas que à su propia vida, pues la pusieron por él.

Ss 2

(a) Hieron. in Epith. Nepot. (b) Matth. 3.

Y andando en el exercito entre soldados Gentiles, Idolatras y perversos, pudieron conservar no solo la sinceridad de la fé, sino tambien el fuego de la charidad, y la pureza de la vida. O con quanta razon dixo el Apostol, (a) que no se confundia de predicar el Evangelio: pues en él estaba la virtud, y poder de Dios, para hazer salvos à los creyentes!

Pero aun passa el negocio mas adelante. Porque otra vez en tiempo del Emperador Adriano, fueron sentenciados, no una sola legion, sino diez mil soldados juntos, à que padesciesen el mismo linage de muerte que padesció el Señor por quien padescian. Los quales todos en un mismo dia recibieron la corona. Pues qué cosa sería tan gloriosa vér entrar en este dia diez mil gloriosísimos cavalleros, con sus palmas triumphales en las manos, y con las insignias, y señales de su redemptor, en aquella ciudad celestial? Qué recibimiento allí se les haria? Con qué cantares, con qué voces de alabanza, con qué abrazos les darian el para bien de su venida, y los admitirian à su gloriosa compañía, y presentarian ante el throno de aquel señor por cuya gloria tan valerosamente pelearon? Si en Roma se hazia tan grande fiesta quando venia un capitán vencedor de alguna insigne ciudad, ò provincia, y se rompian los muros para recibir al vencedor, y él venia en un carro triumphal acompañado de muchas gentes; qué fiesta se haria en el reyno de los cielos, quando entrassen en él, no uno, sino diez mil triumphadores juntos, vencedores, no de una ciudad, ò provincia, sino de todo el poder del mundo, y del infierno? Esto puedese assi referir: mas quién lo podrá dignamente amplificar?

Pues otra cosa añadiré à esta, de mucho mayor admiracion, la qual refiere el autor, que escribió el Theatro de las Ciudades del mundo. Este pues dice, que en sola la ciudad de Leon de Fran-

cia fueron martirizados diez y nueve mil martyres, y fue tanta la sangre que aí se derramó, que el rio Araris, que por aí passaba, iba teñido de sangre. Por lo qual se le mudó el nombre, y oyóllase se llama Saona, tomando nombre de aquella preciosa sangre que por él corrió. Tan grande era el furor que aquel dragon infernal encendia en los corazones de los Emperadores para extinguir, y desterrar del mundo el nombre de Christo, y tan grande era la fortaleza y confianza de los martyres en la confession de la fé.

Pues bolviendo al proposito principal, y concluyendo esta materia, decimos que este es uno de los grandes testimonios de la verdad de nuestra fé, vér que una muchedumbre innumerable de personas de todas las edades y estados, y condiciones de gentes, pusieron las vidas por la confession desta verdad. Y quanto mas atroces, y crueles tormentos por esta causa padescieron, tanto es mas esclarecido, y mas firme este testimonio, y tanto mas abiertamente se conoce, que no era posible perseverar un cuerpo humano entre tantas maneras de tormentos, acrecentados unos sobre otros, si no tuvieran aquellas armas de la fé, y esperanza, y charidad que al principio propusimos, y si no fueran muy especialmente fortalecidos, y ayudados por Dios. Y pues Dios los ayudaba en la confession desta verdad, siguese, que yá no solos los martyres con su sangre, sino Dios tambien con su favor y asistencia es testigo della.

De lo qual se infieren otras dos cosas muy dignas de ser sabidas. La una, que poco ha apuntamos, que es averse predicado el Evangelio, y estendiose el reyno de Christo por todas las naciones del mundo, según los Prophetas denunciaron, pues en todas ellas uvo tan gran numero de martyres. La otra, que se avian de reformar las vidas de los hombres en su venida; conviene à saber, que los hombres fieros, y silvestres (qua-

(a) Rom. 1.

les

les eran todos los que servian à los Idolos) se avian de hazer puros, y sanctos. Lo qual se vee no solo en la sanctidad de aquellos millares de monges, que en aquel tiempo florecieron en todo genero de virtudes, sino tambien en esta admirable constancia de los martyres. Porque (como yá diximos) imposible era que con tantas tempestades y torbellinos no fueran derribados, si no estuvieran fundados sobre la firme piedra del amor, y temor de Dios. Lo qual se conoce por lo que cada dia vemos, y lloramos, que es negar tantos Christianos la fé de Christo, quando se veen cautivos en tierra de Moros. Y esto no por temor de tales tormentos, quales eran los de los martyres, sino por solo ahorrar la pena del cautiverio, y vivir con un poco de mas largueza. Pues assi como la flaqueza destes miserables nos dá à entender la flaqueza, y poco fundamento de su virtud (pues tan facilmente se rindieron) assi por el contrario, la inestimable fortaleza, y constancia de los martyres, nos dá à conocer la firmeza de su virtud: la qual con tan recios encontros, y combates, repetidos unos sobre otros, nunca pudo ser vencida.

CAPITULO XXVIII.

De como quasi todos los Emperadores que persiguieron la fé, y religion Christiana, acabaron desastradamente; y los que la honraron, fueron en todas las cosas ayudados de Dios, y prosperados.

NO dexa de ser tambien grande testimonio de la verdad de nuestra fé, vér que quasi todos los que la persiguieron, acabaron desastradamente, y los que la favorecieron, y abrazaron, fueron prosperados en sus reynos, y Imperios. Y digo quasi todos, y no todos, porque (como dice Sant Agustín) (a) de tal manera se ha la divina providencia en la governacion deste mundo, que ni

castiga en esta vida todos los malos, ni dexa de castigar muchos dellos. Porque si castigara à todos pudieran los hombres imaginar que todo se remataba en esta vida, y no quedaba nada para la otra: y si à ninguno castigara pudieran imaginar, que no avia providencia que tuviesse à su cargo las cosas humanas. Por esso la sabiduria divina (que todas las cosas endereza para el bien de sus criaturas) algunas cosas castiga poderosamente, para que vean los hombres, que ay providencia (mayormente las que son tan exorbitantes, que ellas mismas están clamando à Dios, y pidiendo venganza) y otras dexa por castigar, para que entendamos, que reserva su castigo para la otra vida, y que no se concluye todo en esta. Lo qual se vee en algunos de los Emperadores, que persiguieron la Iglesia, que no recibieron aqui su merecido. Pero como esta crueldad, y maldad era tan grande, no consintió la divina justicia que quedassen otros muchos sin castigo, aun en esta vida. En lo qual maravillosamente resplandece la divina providencia, que usaba de los tyrannos, como de ministros y instrumentos para fundar la fé de su Iglesia con la sangre de los martyres, y para hermosear el cielo con este gloriosísimo exercito dellos. Porque si no uviera tyrannos, no uviera martyres: si no uviera Decio, no uviera Laurencio: si no uviera Daciano, no uviera Vincencio: y si no uviera Herodes, no uviera martyres Innocentes. Mas despues de averse servido dellos en este ministerio, dabales tambien aqui su merecido, como lo hizo con Nabuchodonosór, del qual usó como de vara (según lo llama Esaías) (b) para azotar à su pueblo: mas acabado este officio echó la vara en el fuego, quiero decir, destruyó, y puso por tierra todo su Imperio. Pues lo mismo hizo quasi con todos estos tyrannos, de los quales unos fueron arrebatados por los demonios, otros se mataron con sus propias manos, otros fueron despe-

(a) De Civit. Dei lib. 1. cap. 8. t. 5. (b) Esai. 10.

da-

dazados por bestias fieras, otros murieron comiendose las manos à bocados, otros ahogándose en los rios, y otros de otras maneras. Assi leemos en el martyrio de Sancta Eufemia, noble virgen, que queriendo el juez perverso forzarla en la carcel, fue luego arrebatado del demonio, y el verdugo que la degolló, fue luego muerto por un leon, y la noche siguiente el juez que la sentenció, se mató comiendose à bocados, y lleno de furor. Lo qual movió à muchos de los infieles, assi Judios como Gentiles, à ser Christianos.

Assimismo quasi todos los Reyes y Emperadores que martyrizaron lossantos, tuvieron muy desastrados fines. Entre los quales el primero fue Herodes: el qual por matar al niño Jesus, mató los Innocentes, cuya enfermedad, y muerte, fue terribilissima, como escribe largamente Josepho, (a) y en cabo, despues de aversele saltado los ojos, en un baño, desesperado de la vida, se metió un cuchillo por los pechos, y se mató mandando antes matar el tercero de los hijos, despues de aver muerto à dos de ellos. (b) El segundo Herodes que degolló à Sanctiago, y tuvo preso à Sant Pedro, fue herido por un Angel, y murió comido en vida de gusanos, como escribe el mesmo Josepho; y Sant Lucas. (c) El tercero perseguidor de la Iglesia, que fue Nerón (el qual martyrizó à Sant Pedro, y Sant Pablo) viendo que no podia escapar de los conjurados que lo buscaban para matarle, él los libró de esse trabajo, matándose con sus manos. El quarto que fue Domiciano, que desterró à Sant Juan Evangelista, fue muerto à manos de los suyos. Valeriano cruel perseguidor de la Iglesia, fue vencido en batalla por el Rey de los Persas: el qual lo prendió, y mandó sacar los ojos, y se servia dél para poner sobre él los pies quando calvalgaba. Aureliano fue muerto por manos de los suyos. Decio que martyrizó à

(a) Antiquit. Judaic. lib. 17. cap. 9. & 10. (b)

Sant Laurencio, él juntamente con sus hijos fue muerto. Diocleciano cruelissima bestia, el qual se hizo adorar por Dios, vino à tan gran perdicion, y desatino, que le fue forzado dexar la corona y el sceptro, y vivir como uno del pueblo. Maximiano su compañero tambien lo dexó, y vivia como él, y aun assi no le fue concedido vivir; porque Maxencio su hijo, que se queria alzar con el Imperio, le echó de Roma, de donde salió huyendo, y se acogió al amparo de Constantino, que era su yerno. Y siendo por él noblemente recibido, ensayaba contra él traycion: lo qual fue sabido, y por ello castigado con la muerte, y con deshonra, y infamia. Cà sus estatuas, y medallas fueron mandadas raer dō quiera que estaban, y los titulos de las casas publicas, que dél avian tomado nombre, se mandaron mudar. Pues Maxencio su hijo heredero de los vicios y crueldad de su padre, por especial milagro, y disposicion divina murió. Porque aviendo armado una puente falsa sobre un rio cabe Roma, para que llegando el Emperador Constantino à ella, se hundiesse en el rio; él como desatinado, no acordandose de lo que avia tramado, puso las piernas al cavallo, y pasando por la misma puente cayó, y se ahogó. Maximino tambien cruelissimo perseguidor de la Iglesia, fue vencido en batalla por el mismo Constantino, y escapó huyendo de su exercito entre los aguadores. Por lo qual indignado contra los agoreros, que les prometian la victoria, los mandó matar. Y sobre esta afrenta lo castigó Dios con una gravissima enfermedad, hinchandosele, y pudiendosele las entrañas, y dentro del pecho se le hizo una llaga que poco à poco se estendia por él, sin otras que tenia derramadas por toda su carne, que manaban arroyos de gusanos. Y con ellas tenia hedor tan terrible, que ningun hombre, ni los mismos zurnjanos podian llegar à él. Y viendo que sus me-

di- (c) Lib. 19. c. 7. lib. 12.

dicos no le podian remediar, ni hazer algun beneficio, antes huían dél por su abominable hedor, mandó matar muchos dellos. Entre los quales llegó à él uno, mas para ser degollado, que para curarle, y movido por especial instinto de Dios, le dixo: Por qué yerras Emperador, pensando que pueden los hombres estorvar lo que Dios ordena? Esta tu enfermedad ni es de hombres, ni hombres la pueden curar. Mas acuerdate quantos males has hecho à los siervos de Dios, y de quanta crueldad has usado contra sus honradores, y assi sabrás à quien has de pedir remedio. Porque yo bien podré morir como los otros, mas tú no serás curado por mano de medicos. Entonces comenzó Maximino à conocer que era hombre, y trayendo à la memoria sus males, confessó que avia errado. Finalmente, perdiendo la vista de los ojos, y conociendo entonces mejor la fealdad de sus males, hizo fin con affligida muerte à su mala vida.

Licinio tambien que imperaba en Oriente, en tiempo de Constantino, que no menos cruelmente persiguió la Iglesia que sus antecessores, levantandose contra Constantino, fue por él muerto en batalla. Despues destos Juliano Apostata (que con otras nuevas artes hizo mas cruel guerra à la Iglesia) acabó en pocos dias su Imperio y su vida, muerto en la guerra contra los Persas, dexando el exercito en grandissimo peligro, sin que nada le valiesse, ni sus Dioses, ni sus agoreros y encantadores en quien tenia toda su confianza. Pues Valente Arriano, grande perseguidor de los Catholicos, en una batalla contra los Godos fue por ellos desbaratado, y escondiendose en una chozuela, allí le pegaron fuego, y assi murió como sus obras lo merecian.

Estos fueron los fines, y desastres de todos aquellos, que tomaron armas contra la religion Christiana: lo qual no es pequeño argumento de la verdad y sanctidad della.

Y el mismo argumento se confirma

con la prosperidad y victorias de los Emperadores que la honraron y revenciaron. Entre los quales el mas señalado fue el Emperador Constantino: el qual de tal manera honró à Christo, y de tal manera fue por Christo favorecido, y prosperado, que parece que ambos andaban en competencia, el uno en hazer servicios à Christo, y Christo en hazer mercedes à Constantino, à quien todas las cosas succedieron con grande prosperidad. Porque él primeramente en diversas batallas venció tres Emperadores que se levantaron contra él, que fueron Maximino, Licinio, y Maxencio. Despues destas victorias conquistó en sus proprias tierras à los Sármatas, y Godos, y sojuzgó à todas las naciones barbáras, fuera de aquellas que antes le eran amigas, y algunas sin batalla se le rendian, porque quanto él mas humildemente se sujetaba à Dios, tanto mas ponía Dios las gentes debaxo de su señorio. Pues qué diré de los dos Theodosios, del mayor que fue muy Catholico, y religioso, y de su nieto, que lo fue mucho mas? Los quales no solo por armas, pero tambien por clarissimos milagros vencieron en batallas los tyranos que pretendian levantarse con el Imperio: como se escribe por extenso en la Historia Tripartita. Y no menos se puede poner en esta lista el Emperador Eraclio, el qual hallando el Imperio muy arruynado por las armas de Cósdroe Rey de los Persas, llegó à tal extremo, que pidió paz al sobredicho Rey: el qual ensobervecido con las victorias passadas no quiso conceder. Entonces el buen Emperador puesto en tan grande aprieto, y estando à peligro la vida junto con el Imperio, acogióse al puerto seguro de todos los remedios, que es Dios nuestro señor, y procurando su favor con ayunos, y devotas oraciones, y armado con estas armas, acometió al enemigo, y en tres batallas con en diversas vezes le dió, siempre salió vencedor. Con lo qual quebrantado el Barbaro, tomó por remedio huír allende el rio Tigre,